

INFLUJO DE LA GEOGRAFIA EN LA TOPONIMIA DEL HUILA

Por: General JULIO LONDOÑO
*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 1, Volumen XI
Primer Trimestre de 1953*

El idioma español, de la Conquista hacia adelante, y las lenguas indígenas, hacia atrás, constituyen la base fundamental de la toponimia huilense. La Academia de Historia ha fijado el proceso de la Conquista y de la Colonia, y el contenido lingüístico de los aborígenes ha sido cuidadosa y profundamente estudiado por expertos como Castelví, Hernández de Alba, Duque Gómez, Ramírez Sendoya. . . todos los cuales, con pequeñas variaciones, han coincidido con las tesis expuestas sobre el asunto por el Profesor Paul Rivet.

De acuerdo con lo anterior, las observaciones que siguen no pretenden en ningún caso intentar una interpretación diferente en materia lingüística ni plantear una nueva tesis histórica. Sólo pretenden mostrar cómo, sobre la toponimia de esta parte del país, la situación espacial, la morfología, el clima, la forma de las agrupaciones humanas y otros factores geográficos, han influido de manera definitiva.

Una cosa que llama poderosamente la atención cuando se recorre el Huila, es su pobreza toponímica, es decir, la enorme cantidad de accidentes topográficos que carecen de nombre. Solamente después de haberse uno dado cuenta de la escasa densidad de población, llega a connaturalizarse con el hecho que indica claramente que la abundancia de toponimia es principalmente un asunto de población, o, dicho de otro modo, que la profusión de nombres geográficos crece con el aumento demográfico.

Esta peculiaridad se pone de relieve no sólo en el Departamento tomado en conjunto, sino que se

manifiesta en los distintos lugares del mismo. La parte norte —excepción hecha de las montañas que la circundan— es plana, mientras que la del sur es ondulada de manera tal que su ondulación se acentúa cada vez más hasta convertirse, en el extremo meridional, en un verdadero sistema montañoso. El clima tórrido e inclemente del norte, sumado a la carencia de agua que da a la región un aspecto semi-desértico, ha hecho que la población se acumule hacia el centro, sobre el río Magdalena, dejando las laderas de las cordilleras prácticamente vacías, por lo cual, sólo los accidentes orográficos destacadamente notables tienen un nombre. Hacia el sur este tipo de accidentes es más abundante, aunque quizá el Huila es el Departamento del país en donde el laberinto de las cordilleras cuenta con una nomenclatura más escasa.

Pero para poder darse cuenta exacta de las variaciones geográficas de la toponimia del Huila, es preciso recordar que éste afecta, *grosso modo*, la forma de una hoja lanceolada cuyo lóbulo está constituido por las cordilleras Central y Oriental que, partiendo unidas desde el Páramo de las Papas, avanza hacia el Norte abriéndose cada vez más hasta un momento en que se produce un conato de estrechamiento que se termina por la unión de dos ramales antagónicos que se tocan en las inmediaciones del sitio denominado Golondrinas, donde comienza ya el Departamento del Tolima. La vena central de la hoja está formada por la gran cinta del río Magdalena que la atraviesa por su centro; los ríos que a éste confluyen desde las laderas opuestas de las dos cordilleras constituyen el avenamiento lateral.

La planicie de la parte norte, de aspecto semi-árido, avanza resueltamente hacia el interior del Departamento, aproximadamente hasta el paralelo 2° 30' N., en las inmediaciones del municipio del Hobo, en donde las laderas opuestas de las cordilleras empiezan a aproximarse y a intercambiar ramales que se tocan cada vez con mayor frecuencia cambiando por completo el aspecto topográfico del tramo anterior. Este corte geográfico repentino divide rotundamente la vida y la historia del Huila. El Sureño y el Norteño son dos personalidades netamente distintas: su concepto de la vida y sus ideas políticas y sociales son disímiles y a veces antagónicas; y diversos son en los dos tramos la economía, el clima y otras muchas condiciones.

Esta misma división caracterizó y separó los pueblos indígenas que habitaban en el Departamento. Hacia el norte estaban los Pijaos y hacia el sur los Paéces. Dos agrupaciones humanas que lucharon a muerte durante muchos años sin que ninguna de las dos hubiera podido obtener ventaja apreciable sobre la otra.

Pero desde el punto de vista idiomático cada agrupación de estas era en sí misma un complejo

lingüístico. La del norte tenía una definitiva influencia caribe con algo de mezcla chibcha que, llegada desde el centro del país, se prolongó hacia el sur por el lomo de la cordillera oriental.

En este aspecto, también la parte meridional es más compleja. El idioma Páez en su forma más pura se refugió en el rincón suroeste, traspasando la cordillera central hasta dar con el río Cauca. De las regiones amazónicas, situadas al oriente, llegó el Tukano que trató de imponerse en el territorio de las tribus Andaquíes. Del sur vino el Quechua realizando una notable penetración hacia el norte y ejerciendo una influencia definitiva sobre la toponimia huilense.

De acuerdo con esto, cuando se avanza en el Huila de norte a sur, los nombres de accidentes geográficos de origen caribe predominantes en el Tolima se continúan, formando una unidad toponímica perfecta y así va uno atravesando:

El Patá (casa) afluente izquierdo del Magdalena que forma el límite entre Huila y Tolima.

El Doche (tierra ardiente) quebrada afluente del río Cabrera que juntamente con el Patá forma el límite norte entre Huila y Tolima.

Los Dujos (banco - trono) paso del río Magdalena en las inmediaciones de Neiva.

Y así indefinidamente hasta aproximarse a Neiva en donde estos nombres de origen caribe se van mezclando con los de origen Quechua, mezcla ésta cuyos componentes se van separando a medida que se continúa el avance, y el lenguaje Páez va acaparando los nombres de los accidentes si el viajero se desvía hacia el occidente y el Quechua hace lo mismo si se toma rumbo al sur o al sureste.

A partir de Puerto Seco, sitio de la carretera central del Huila en donde se desprende el ramal que va hacia La Plata y Popayán y que corta por el centro la comarca de los Páeces, el viajero empieza a encontrar accidentes geográficos de nombres páeces:

Yocué: yo (río); cué (planicie), desinencia ésta que entra en la denominación de toda llanura que se atraviese.

Jambase: jamba (caballo). Región del municipio de Tarqui.

Cambís: cambich (calabaza). Valle donde se fundó la ciudad de La Plata.

Toribío: Tori (niebla); bío (pueblo). Pueblecito indígena de Tierradentro...

Pero si en vez de tomar hacia el occidente seguimos hacia el sur, hasta el Macizo colombiano, notamos que el quechua rige por completo la toponimia:

Anayaco: Afluente del río Suaza que nace en la cordillera oriental y que sirve de límite a los municipios de Acevedo y Suaza. Ana (altura); yaco (río). Esta terminación yaco, yacu, entra en casi todas las denominaciones de ríos que no han sido aún cambiadas por nombres españoles: Cusiyaco, Cchimbayaco, Sanayaco, Yanayaco, etc.

Matambo: Mata (grande); tambo (casa), etapa. Alto cerro situado en la desembocadura del río Páez en el Magdalena y desde cuya cima, mirando hacia el norte y hacia el sur, se divisa casi todo el Departamento del Huila.

Upar: Upa (sordo). Montaña del municipio de Teruel y vereda del municipio de Yaguará.

Caguán: Cahuana (mirador). Corregimiento de Neiva situado al sur de la ciudad.

En esta forma podría continuarse indefinidamente.

En cuanto a la toponimia de origen español hay que tomar en cuenta que la conquista del Huila tuvo dos direcciones: La una del suroeste, que venía de Popayán; la otra del norte procedente del Departamento del Tolima. Cada una de ellas se dedicó a dominar una de las dos reparticiones geográficas en que vimos anteriormente que se dividía la tierra huilense.

La expedición que conquistó la parte norte halló pocos nombres y trató de cambiarlos a su paso. El primer río que encontró, por ejemplo, fue el río Totoyó, al cual el conquistador le puso Cabrera para perpetuar su propio nombre. Así aconteció con los que iba hallando, de donde aparecen hoy tantos nombres españoles y tan pocos nombres indígenas: Villavieja, Matarredonda, Aposentos, El Angel, El Paso, etc.

Los que venían desde Popayán tropezaban naturalmente con muchos más nombres que sus compatriotas llegados del norte y al mismo tiempo cayeron en una región más poblada. Por esta razón aunque cambiaron muchos nombres, se vieron obligados a dejar otros muchos, procurando al final de la Conquista buscar combinaciones de nombres indígenas y castellanos: San Calixto de Timaná, Nátaga de la Real Corona, La Ceja de los Andaquíes, Espíritu Santo del Caguán, etc.

Pero una de las cosas que más sorprende en el arreglo o distribución de estos topónimos compuestos, es su longitud. Tanto el indio que vivió en la región como los habitantes actuales se han distinguido por la lentitud de sus maneras, producida indudablemente por el efecto del clima

fuerte unido a la esterilidad de la tierra; sin embargo, es a ellos a quienes, por una extraña paradoja, se les impusieron entonces los nombres de pronunciación más dilatada. Veamos algunos ejemplos:

Neiva: Nuestra Señora de la Limpia Concepción de Neiva.

Otás: Comunidad de Jesús Nazareno de Otás.

Acevedo: San Francisco Javier de la Ceja de los Andaquíes.

La Jagua: Nuestra Señora de La Limpia Concepción de la Jagua.

Hobo: San Juan Bautista del Hobo, etc.

Un hecho claro que se traduce en la toponimia de que tratamos es el carácter religioso de los españoles de la conquista. Tan acendrado era, que no se contentaban con darle un solo patrono a cada poblado, sino dos; uno principal y otro podría llamarse vi-cepatrono por no haber un término adecuado en esta denominación.

Debido a esto, desde su fundación hasta las proximidades de la independencia, las ciudades llevaban antepuesto el nombre de su patrono y así debían enunciarse so pena de demostrar frialdad en materia religiosa. Así se decía: San Sebastián de la Plata, San Antonio del Hato, Santa Rosalía del Pital, San Miguel de Garzoncito, San Lorenzo de Suaza, San Bartolomé de Cambís, Santa Catalina de Carnicerías, etc.

Pero no sólo eran las poblaciones importantes las que se designaban con nombres de santos sino los pequeños sitios poblados, la mayoría de los cuales son hoy corregimientos. Esta abundancia tenía a la larga que producir repeticiones; de allí la duplicación de nombres a los cuales ha habido necesidad de agregar algo que los distinguiera y que es normalmente la enunciación del accidente geográfico que los caracteriza. Así, con el nombre de San Antonio hay poblaciones en toda la extensión del Departamento del Huila: San Antonio de Fortalecillas, San Antonio del Pescado, San Antonio de Pando, San Antonio del Hato, San Antonio de la Honda y muchos más.

Otro fenómeno singular radica en la tendencia de los españoles de la conquista y de los actuales habitantes, de cambiar el nombre de cualquier sitio en donde haya sucedido un hecho dramático, por otro que recuerde y fije este acontecimiento:

El sitio denominado Pacarní se llamó Carnicerías tan pronto como los exploradores vieron que allí tenían establecido los indígenas un vasto mercado de carne humana. Dice el Padre Simón en sus Noticias Historiales: "En la provincia hay un sitio que se llamó Carnicerías dichas así por algunos

grandes búhos que hallaron allí los españoles donde se vendía carne humana de esclavos que cogían en las guerras en tanta abundancia que había para toda la tierra que concurría allí a comprarla...”

Matanzas: Sitio del antiguo camino entre Timaná y Popayán en donde los indígenas destrozaron y exterminaron una expedición que fue enviada desde Popayán para sojuzgarlos.

Vegá del Muerto: Parte llana de la orilla del Magdalena al norte de Neiva donde una mujer en estado grávido vio perecer a su marido en lucha con un caimán a consecuencia de lo cual, el hijo que nació, así como algunos de sus descendientes, llevaron en la espalda marcada la figura del saurio.

Valle de los Ahorcados: Fracción del municipio de Aipe a orillas del río Patá, en donde el Cacique Patá, creyéndose sujeto de una burla, ordenó que fueran ahorcados todos los indios que le trajeron la noticia de que se acercaban los conquistadores que había enviado Belalcázar.

Puerto del Ahorcado: Puerto del Magdalena cerca de la ciudad de Neiva en donde un anciano conductor de champán se suicidó ahorcándose debido a una complicada tragedia sentimental.

Otra tendencia característica en la toponimia huilense consiste en el uso de la metáfora para los grandes accidentes orográficos, figura ésta que no se emplea para otro tipo de accidentes:

Trompa de Puerco: Parte de Serranía de Seborucos en el municipio de Campoalegre.

La Peineta: Serie de farallones en que remata la Serranía de las Minas en la confluencia de los ríos Magdalena y Timaná.

La Ensellada: Ramal de la cordillera oriental que divide los municipios de Algeciras y Campoalegre y la cual afecta una depresión semejante a la de un caballo deformado por la silla.

El Fuerte: Pequeña serranía de flancos muy escarpados situada al W y a poca distancia de la población del Hobo.

A las corrientes de agua, en cambio, se les da una denominación en consonancia con una cualidad que las caracterice. Así, en ríos hay: Negro, Claro, Frío, Blanco, Manso, Grande, Recio, Sucio, etc. Y

en las quebradas: Honda, Espumarajosa, Pedregosa, Ruidosa, Aguaclara, Guandinosa, Aguacaliente, Chorrera, Lejiosa, Bonita, etc.

De igual manera, en todo punto en donde entra el hombre a dominar el suelo, el nombre primitivo se cambia por el de la construcción. Infinidad de sitios, antes con bellos nombres indios, se llaman ahora Las Tapias, La Venta, Casa de Teja, La Ramada, Casa Grande, Casa de Piedra, Casa de Zinc, etc.

Finalmente, hay una desastrosa costumbre, y es la de cambiar los nombres de ciudades que se han usado durante varios siglos, a causa de un pequeño incidente político o social, o del homenaje a un político, dañando de esta manera la posibilidad de continuar la historia ciudadana y estorbando la búsqueda y consulta de los antiguos manuscritos, libros parroquiales o crónicas de la conquista. Ejemplos:

Acevedo: se llamó primero San Francisco Javier de la Ceja de Los Andaquíes, después La Ceja, y después Concepción.

Algeciras: se denominó antes Corregimiento de López y más tarde San Juanito.

Agrado: se conoció durante muchos años con el nombre de El Pitalito y después con el de Nuestra Señora de Belén.

Tello: se denominó al principio Matarredonda y después La Unión.

Tarquí: fue primero Gaira, después el Hato.

